

Claro se ve, pues, que el valor estético de la poesía no se tasa por su utilidad, aun mirada la utilidad en el más alto sentido de la moralidad y de la enseñanza. Si tomásemos por lo serio la poesía docente y moralizadora, sería menester seguir á Platón y expulsar de nuestra república á los poetas. Los poetas, más que guía de los hombres, son en sus versos el trasunto exagerado de las pasiones, de los extravíos y de las preocupaciones de la edad en que viven. Los griegos y los latinos y casi todos los mahometanos, persas y árabes, cantan amores nefandos. Hasta el delicadísimo Virgilio cae en esta abominación en su Égloga II. Los anacreónticos y báquicos, muy á la moda en todas las edades, recomiendan la holganza, y no cesan de aconsejar que se pase la vida con mujeres y en borracheras. ¡Buena estaría la sociedad si siguiésemos tales consejos! La mayoría de nuestros más severos y católicos poetas del siglo XVII pecan por los más opuestos extremos en punto á matrimonio. Para Calderón, por ejemplo, es el modelo de la hidalguía el marido que mata

á su mujer cuando sospecha que le engaña. Para limpiarse la mancha de sufrido, debe, según Calderón, echarse encima la de asesino alevoso. Leyendo á Calderón, nos pasmaríamos de la tremenda severidad de las costumbres de aquel siglo y del recato de las damas y de lo vidrioso de los galanes en puntos de honra, si Quevedo no nos dijese á cada paso que Diego Moreno, que nunca dijo ni malo ni bueno, era un Tetrarca comparado á la mayoría de los maridos de su tiempo, los cuales

«Toman mujeres ya por granjería,
Como toman agujas y alfileres:»

las venden sin tasa, y se burlan de quien
les pone los cuernos,

«Con tal de que les ponga casa y mesa,
Y en la mesa capones y perdices.»

Shakspeare no aplaude á Otelo, pero
Calderón ensalza á los maridos parricidas,
mientras que nos dice Quevedo de otro que

«Hizo un milagro, y fué no ser cornudo.»

¿Qué concepto histórico hemos de formar, ni qué doctrina moral hemos de inferir de todo ello?

Calderón, á veces, dice frases bellísimas. ¿Y cómo no, si era gran poeta? Por ejemplo, hablando de la Cruz:

«El madero soberano,
Iris de paz, que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los pecados del mundo.»

Así nos inspira santa confianza en el signo de nuestra redención y en la infinita misericordia del Altísimo. Pero justo es confesar que algo malea y pervierte esta confianza la enorme cantidad de crímenes, de horrores y de vicios con que, en nuestro antiguo teatro, se manchan los personajes, que por devoción á la Cruz ó por rezar fervorosamente el Rosario, se van al cielo, como suele decirse, calzados y vestidos.

El fanatismo y la intolerancia religiosa sería fácil probar que están encomiados y sobrecitados en nuestro antiguo teatro.

Bellísimo es aquello de

«Al Rey la hacienda y la vida
Se han de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.»

Maravillosa y enérgicamente afirma aquí el poeta nuestro deber respecto á la patria, á la sociedad ó al Estado, representados por el Rey, á par que deja aparte, no sometidos, exentos de toda ley, libres é independientes, los que, en la moderna fraseología, llamaríamos derechos individuales. Pero, ¿qué idea tan absurda no forman á veces nuestros dramáticos de esos derechos individuales y de ese honor en que se cifran? Sirva de ejemplo Sancho Ortiz de las Roelas, que, si bien cara á cara y en buena lid, mata á su mejor amigo, al hermano de la mujer querida, sólo porque al Rey se le antoja decirle:

«A quien muerte habéis de dar
Es, Sancho, á Bustos Tavera.»

Convengamos en que esto es convertir al caballero en bravo ó matón abomi-

nable. Desde su punto de vista, alguna razón tenía Moratín para decir de los héroes de nuestro antiguo teatro,

«Todos jaques, ninguno caballero
Como mi patria los miró algún día;
No es más que un mentecato pendenciero
El gran Cortés.»

Y digo que Moratín tenía alguna razón desde su punto de vista, aunque no la tiene desde el mío, porque Moratín, como usted, creía que el teatro había de ser *útil*, y cada drama una *lección moral*. Yo, que no creo tal cosa, gusto mucho del drama de Sancho Ortiz, y disculpo y aun aplaudo al poeta. Basta que pinte con arte y con inspiración los lances y catástrofes que ocurren ó pueden ocurrir, en determinada época, y los conflictos que surgen de determinadas ideas y creencias. Suponiendo que Sancho Ortiz creía que el Rey es señor absoluto de todo, y que se le debe obedecer como á Dios, Sancho Ortiz hizo muy bien en matar á su futuro cuñado, por mucho que esto le affigiese. Lo único que para mí queda en duda es la posibilidad de que

desde hace quinientos ó seiscientos años, haya podido haber una sola persona honrada, decente y en su cabal juicio, que se crea obligada á matar á alguien, si no hay guerra, sólo porque el Rey se lo ordene.

En suma, sería cuento de nunca acabar ir citando poesías para demostrar que la belleza estética, fuerza es confesarlo, no depende de lo útil, ni de lo moral, ni de lo honesto. Casi todos los clásicos, griegos y latinos, están cuajados de horribles impurezas. El cristiano poeta Ludovico Ariosto, como le llamaba Cervantes, llega al colmo de lo inmoral y desvergonzado en el *Jocondo* y en *El Perro precioso*. Tal vez no derrame más gracia, más sal, ni más riqueza de imaginación Voltaire, en todos sus demás versos, que las que adornan el infame poema en que cubre de cieno á la virgen heroína, gloria de su patria. Lafontaine es tan poeta ó más poeta que en las fábulas, en sus obscenos cuentecillos.

En la edad presente, los poetas, lejos de enmendarse, han pecado más aún. En nuestra Península, los mejores han sido

los más escandalosos. Extraña moralidad, pongo por caso, la de los versos de Espronceda á Jarifa. Garret, en *Folhas caídas*, nos pinta con vivos colores todas las lascivias, deleites, tormentos y misterios eróticos de sus relaciones criminales.

En Francia, la verdura de Beranger es para aturdir al más despreocupado.

Todo esto, no obstante, es saludable y varonil, físicamente al menos. Cuando nos volvemos á los poetas algo metafísicos, entonces sí que es necesario hacerse cruces y taparse los oídos ó cerrar los ojos. ¿Qué delirio, qué blasfemia, qué impiedad no han cantado? ¿Cómo negar que hay algo del enfermizo, y del demente, y del energúmeno en cada uno de los poetas novísimos, sobre todo si son *satánicos*, ó *decadentes*, ó *neuróticos*, según ellos mismos se apellidan? Leopardi reniega de Dios, y le niega, ó le insulta, ó le desprecia, llamándole *feo poder que impera oculto para común daño*; Carducci entona epinicios á Satanás; Baudelaire escribe letanías al demonio; Rollinat aparece más loco y más endiablado

aún; y ahora, fresquito, acaba de surgir otro poeta, llamado Maeterlink, que echa la zancadilla á todos, porque cada uno de sus versos es una pesadilla de fiebre infecta, suscitada por las Furias.

Yo, señor don Ramón, tengo la manga ancha; soy entusiasta de la poesía, y hago la vista gorda, de ordinario. Si hoy, por extraordinario, me muestro severo, es porque usted me obliga á buscar lo útil de la poesía, y á poner en la utilidad su excelencia.

Pero si desistimos de este conato simple de ponderar la poesía y de esta manera estrecha y miope de mirarla, todo se justifica, todo nos parece bien, y, aunque seamos unos Catones cristianos, lo ponemos en salvo todo.

Dios, sin duda, ha creado el Universo, y ha compuesto así el más asombroso poema que podemos imaginar. Hace miles de años que nosotros, los hombres, le leemos, le contemplamos y le estudiamos, admirándole sin comprenderle. No acertamos á juzgarle con fundamento, porque no sabemos cómo empieza ni cómo acaba; ni entendemos su principio,

ni columbramos su término, desenlace y propósito.

Por un lado figuramos en el poema y contribuimos á la acción, como personajes de mayor ó de menor importancia, que éste no es punto para dilucidado aquí de paso; y por otro lado, somos el público, ó parte del público (suponiendo que hay otras inteligencias en otros astros) que lee y deletrea el poema, y procura entenderle y apreciarle. Hay, pues, dos funciones principales en nuestra vida: la práctica, cuando personajes del poema tomamos parte, aunque sea mínima, en su acción, y la teórica, cuando somos público que le contemplamos.

Y esta contemplación no es vana ni estéril. No es vana, porque no se concibe que el grande Autor compusiese obra tan estupenda si no contase con criaturas inteligentes que, según sus grados y fuerzas, la estudiasen y admirasen. Y no es estéril, porque cada una de esas criaturas que contemplan la obra tiene, en pequeño, semejanza con el entendimiento del Autor, y se siente irresistiblemente impulsada á imitarle. De aquí que de

las impresiones que cada cual recibe, forma cada cual un concepto adecuado á su capacidad, y luego lo ordena todo, y así crea á su vez, remedando al Soberano Artífice, un Universo ideal. Y cuando le reviste de forma sensible por medio de la palabra, más briosa, sonante y bella con el ritmo, tenemos lo que se llama la poesía.

Explicada la poesía por medio de esta hipótesis, no se presenta á nuestra mente ni como útil ni como inútil, sino como inevitable y perpetua, mientras el mundo sea mundo, y mientras haya entendimiento que en parte ó en todo le refleje y le conciba. Esta imagen, proyectada fuera de sí por el entendimiento, será la poesía, y el entendimiento será el poeta en su más alta significación.

Siempre hubo, pues, y hay y habrá poesía. La mejor será la que refleje con verdad y exactitud lo que se ve con los ojos del cuerpo y con los ojos del alma, y la que halle en el alma de quien la crée, bastante calor amoroso para encender, iluminar y llenar de vida inmortal ese reflejo.

El hombre que logre esto por estilo

eminente, será, como dice Enrique Heine, poeta por la gracia de Dios; soberano irresponsable y absoluto. No hay que pedirle cuenta de nada. A un Dios no se le pide cuenta. El público podrá matarle, pero no juzgarle.

Ya ve usted que yo me exalto y me dejo arrebatado, y sigo á Heine, cuando se trata de los grandes genios; pero ¿cómo he de negar yo que hay muchos poetas amenos, agradables, chistosos, elegantes ó inspirados, sin ser esos genios de primera magnitud? ¿Cómo he de adoptar yo la extraordinaria opinión de usted, considerando útil la poesía y suponiendo en seguida que cada mil años, á lo más, hay un verdadero poeta?

No, señor; siempre hay poetas en abundancia, y nunca faltan algunos que merecen calificarse de buenos. Y en nuestra edad los líricos son en mayor número y mejores que en otras edades. Nos podemos permitir mayor lujo. Vivimos con más desahogo. No tenemos que afanarnos tanto en la vida práctica. Y nos quedan más vagar y holganza para la contemplación.

Cuando yo muchacho, allá en Nápoles, venía á cortarme el pelo y á peinarme un peluquero y barbero muy divertido y dicharachero, que me hacía reír con sus chistes y buenas ocurrencias. Vió un día sobre un velador de mi cuarto *La Divina Comedia*; la hojeó, enarcó las cejas pasmado de tanto verso, y exclamó con sencillez, refiriéndose al Dante: *Questo signore non aveva niente da fare!* Para él la ociosidad no era sólo madre de los vicios, sino también madre de la poesía.

Respecto á la poesía, hasta donde lo permiten mis cortos alcances, me parece que dejo dilucidada la cuestión. Ahora diré algo, para terminar, de lo tocante á la metafísica.

Usted está muy enojado contra los materialistas y positivistas del Ateneo (no Revista, sino sociedad), y aprovecha la ocasión para fulminar contra ellos sus anatemas. Pero ninguno de esos anatemas puede caer sobre mí; ni, perdone usted que se lo diga, da fuerza á la tesis que en nuestra controversia usted defiende. Defiende usted en general, lo útil, lo provechoso de la metafísica; y se ex-

trema impugnando y fustigando una singular metafísica, la de Haeckel, no ya como inútil, sino como nociva. Pues que, ¿impugna usted en Haeckel hechos, observaciones, experiencias, datos reunidos por él, para el progreso de la biología ó de otras ciencias naturales? Nada de eso: lo que usted impugna es el sistema, la teoría total, el concepto que él forma del Universo entero, del ser, de la vida, de su desarrollo, de sus causas y de su término. Va usted, pues, si no contra toda la metafísica, contra cierta metafísica determinada. Y como además se infiere que usted no acepta como doctrina sana sino la que afirma y enseña la inmortalidad del alma, la libertad del hombre y la personalidad de Dios, resulta que para usted es doctrina insana, en vez de ser útil, la de aquellos que niegan implícita ó explícitamente todo esto. En esta cuenta entran, si no me equivoco, Espinoza, Schelling, Fichte, Hegel, Schopenhauer, en una palabra, todos los panteístas, materialistas, ateístas, etc., etc. Luego, defendiendo usted la utilidad de la metafísica y de los metafísicos, ape-

nas deja títere con cabeza ni metafísico con vida, ni metafísica que no sea insana, salvo una singular metafísica, ortodoxa, digámoslo así, ó que usted preconiza de ortodoxa, porque no es esta la cuestión, ni yo tengo necesidad de declararme aquí en favor de una metafísica y en contra de otra. Básteme dejar ver á las claras que usted no considera sana, ni útil, ni buena toda metafísica, sino una sola metafísica, en contra de otras muchas metafísicas que hay ó que puede haber, y que son para usted, más apasionado y vehemente que yo, insanas, insufribles y perversas, en vez de ser útiles.

Liberal, partidario del libre examen y aficionado á las discusiones, de seguro que usted, aunque pudiera, no imitaría al despótico emperador Justiniano, arrojando de su imperio á los filósofos; pero, salvo aquellos que creyesen, como usted, en un Dios personal, en la otra vida, etc., etc., á todos los tendría usted, ó los tiene, por perniciosos y vitandos.

No azuza usted á la policía ni á los es-

birros, pero anima y estimula á don Antonio Valbuena para que salga á campaña contra ellos, en vez de escribir ripios aristocráticos y ripios académicos.

Estas contradicciones en que usted incurre nacen del error que tiene usted sobre la poesía, y que sobre la metafísica se repite; es á saber: de ver ó de buscar en ella una utilidad social, política y casera, ya que para usted hasta en el planchado de las camisas, en el arte de cocinar, y sobre todo en el arte de medrar, de obtener buenos empleos y de asistir á banquetes principescos, interviene la metafísica.

Claro está que, entendidas las cosas de cierto modo, nada hay en que la metafísica no intervenga.

Seamos ortodoxos. Creamos que hay un Dios personal, providente y sabio, que lo llena y penetra todo; para quien lo presente, lo pasado y lo por venir no se suceden, porque vive en la eternidad, y para quien las causas y los efectos se enlazan, no por mero capricho, sino con sujeción á leyes inalterables y á prescriptos mandatos, dictados desde la eterni-

dad. Evidente es que, con esta hipótesis, lo mismo la aparición de mil nuevos soles en el espacio ingente, que la destrucción de un imperio poderoso en nuestro planeta, que el desprenderse de la higuera que crece en nuestro corral una breva madura, que la caída de un cabello de la cabeza del último pordiosero, todo está previsto, todo está ordenado, todo está sujeto á la voluntad de Dios, la cual no puede menos de hallarse en perfecto acuerdo con su sabiduría. Si á esto llamamos metafísica, no seré yo quien niegue que hasta lo bien almidonado de una pechera y un almuerzo exquisito en casa de nuestro amigo Cánovas, y todas las cesantías y todos los turrones, estén en relación con la metafísica y dependan de ella.

Pero yo digo y sostengo que hay una legítima é inextinguible aspiración en el hombre á penetrar el secreto de Dios, á participar de su ciencia, y, no sólo á forjarse la imagen ó representación de la totalidad de las cosas, sino á probar que tal imagen es fiel, que lo real coincide con ella, y que todo fenómeno se transfor-

ma, por virtud del pensamiento, en idea clara, donde lo que aparece es lo que es, y donde todo cuanto es aparece, y donde lo que aparece y es no aparece ni está incoherente y aislado, sino en armónica relación con los demás y como suspendido á una cadena de causas, razones y motivos, que suben hasta la causa primera, primer motor y suprema razón de todo. Si llamo á esta aspiración filosofía, en su más puro sentido pitagórico, ó si se quiere metafísica humana, la declaro inútil para honrarla más y no para agraviarla. ¿No sería ridículo y necio aspirar á tanto, pueda ó no humanamente conseguirse, para almorzar mejor, salir muy peripuesto por esas calles, tratarse con magnates, ser uno de ellos, y guardar muchos dineros en la gaveta?

Se cae de su peso, pues, que un metafísico de verdad y no de mentirijilla pone la mira más alta que todos los bienes materiales, honras, provechos y deleites de este mundillo ruin. Cervantes estaba en lo cierto cuando decía:

«Metafísico estás.—Es que no como.»

El hombre que aspira nada menos que á comprender todo lo existente y todo lo posible, con sus causas y sus fines, y á que su sistema ó construcción ideal sea al propio tiempo realísima, lo cual es asemejarse á Dios en cuanto cabe, no puede andar muy preocupado sobre lo que comerá y lo que vestirá y sobre cómo tendrá dineros. El buen metafísico, á semejanza del buen cristiano, será pobre de espíritu para alcanzar su bienaventuranza ó su reino de los cielos. Si todos esos regalos, bajos y vulgares, los posee, y le han sido dados como por añadidura, los poseerá como si no los poseyese; si no los posee, no se le importará de ello un comino; y, sobre todo, no caerá en la tontería de que va á conseguirlos por medio de su metafísica.

Si mi propósito se reduce, por ejemplo, á tener agua del Lozoya para beber ó para lavarme, no soy tan majadero que me encaramo en busca de ella á los cerros donde nace el río, cuando la tengo en casa y muy á la mano. No menos majadero será quien, á fin de lograr buenos almuerzos, vestir camisas bien plancha-

das y tratarse con señorones, se afane en el estudio de la metafísica. Lo probable es que él se crea más señorón que nadie, aunque no tenga para mandar rezar á un ciego. Diógenes se tenía en más que Alejandro.

Las miras del verdadero metafísico son tan encumbradas, que se quedan muy por bajo todas las comodidades y utilidades, y todo bienestar y desahogo, y hasta las grandezas, resplandores y poder que las demás ciencias y artes proporcionan á veces. De aquí que el verdadero metafísico pueda responder á quien le impugne, como el místico ó el asceta moralista cristiano:

«¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
Á mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.»

En persecución, pues, de esos nobles objetos, inflamado en el amor de ellos, el

verdadero filósofo no busca lo demás ni lo desea, y, si no lo tiene, no se apura; y si lo tiene, no se aquieta por su posesión, porque persevera desdeñándolo todo y teniéndolo en menos; por lo cual dije yo del alma de este filósofo, una vez que la quise echar de poeta:

«¿Cómo podrá saciar en el mezquino
Mundo la sed de amor que la devora,
Si en la esfera ideal do su amor vive
La inmensidad del Universo inscribe?
Y aunque atrevida el alma consiguiera,
En progreso infinito dilatada,
Sentir en sí la humanidad entera
Y el espacio abarcar de una mirada,
En su alcázar ingente conociera,
Emperatriz y diosa abandonada,
Que aún carecía de su digno empleo,
Que era mayor que todo su deseo.»

Vaya usted, por consiguiente, á vencer á un alma tan soberbia de que el término de sus aspiraciones y estudios será regalar el cuerpecillo en que está envainada, dándole succulentos manjares y revistiéndole de ropajes vistosos.

¿No se desprende de cuanto va expuesto la inutilidad de la metafísica, en el

sentido del párrafo de Aristóteles que ya cité á usted, y del cual todo esto es mero comentario? ¿Injurio yo ni pretendo matar á la metafísica cuando proclamo su inutilidad sublime?

Si los positivistas pretenden matar á la metafísica, ó más bien nuestra inclinación á la metafísica, es á la manera de alguien que, desdeñado y enamorado de una princesa ó reina maravillosa, cuyos favores no esperase lograr, y á quien considerase inasequible, se castrara corporalmente. Pero en el espíritu, cuando es plenamente varonil y entero, no hay instrumento ni recurso que valga para hacer la cómoda y desesperada amputación que los positivistas pretenden.

La aspiración á la metafísica no acaba en nuestros corazones; y ella, la metafísica, es princesa ó reina inmortal que, á semejanza de Circe, favorece de tarde en tarde á algún Ulises; pero con la mayoría de sus amadores hace lo que la Hija del Sol hizo con los compañeros del rey de Itaca, lo cual por sabido se calla.

De aquí que se hayan dicho y se digan tantos disparates filosofando, y que la

filosofía fundamental ó metafísica haya tenido tantos acérrimos enemigos y perseguidores. Cuando apareció en Roma por vez primera con Carneades, que vino de embajador, Catón el Antiguo se enojó mucho de oír filosofar á este embajador tan insólito, y dijo á gritos que Roma perdería el dominio del mundo en cuanto aceptase y honrase la filosofía. No fué el grande Almanzor más propicio á los filósofos, y los arrojó con cajas destempladas de toda la extensión del califato cordobés. Otros príncipes ó gobiernos han favorecido á los filósofos, pero ha sido cuando los filósofos han escrito filosofías á gusto de ellos, ó bien tan hábilmente nebulosas que ellos no han llegado á entenderlas bien. Nuestro rey don Felipe II fué de estos favorecedores de los filósofos; pero ya se guardaron todos de decir á las claras nada que en lo más mínimo se opusiese á las creencias de S. M. Su Majestad los hubiera quemado vivos y se hubiera quedado tan fresco. Y en ello no se hubiera extremado el Rey Prudente por la crueldad ni por la intolerancia, ni hubiera hecho más du-